

Byron Gigoux James (1)

Rotos hombres

—PARECE que ahora hay más estrellas que nunca—dijo el capataz Sulantay cuando miró el cielo desde el repecho de la loma.

—Linda noche—agregó el minero que lo acompañaba.

—Y lindo día pa pasarlo ajuera... Pero el hombre está empecinao y quiere correrle ahora mesmo el metro al frontón blanco... Dice que los gringos creen que ahí hay algo... algo. Güeno, algo hay en toas partes... hasta en los platos di uno...

El otro abrió un «cabeciao» con los dientes y lo encendió tapando el fósforo con las manos, por pura costumbre, porque el aire «estaba parado».

—Y pues él, es el ingeniero gringo él empecinao—terminó, cortante, el capataz, respondiéndose a sí mismo.

A todo esto ya bajaban la loma. A la distancia un rectángulo de luz señalaba una ventana del edificio de la administración de la mina.

(1) Artista de inquietud varia y permanente, se formó en la ruda brega del periodismo activo. Su novela «El cerro de los Yales», ensancha la geografía literaria de Chile con visiones del Norte Chico. Dentro de su eclecticismo Gigoux no improvisa y por el contrario, se entrega con pasión a la creación artística. Dirige «Las Ultimas Noticias» de Santiago.

—Nos está esperando—comenzó Sulantay.

—Claro que sí... El jutre nues de los que duermen a tra-
to...

En ese momento una jauría de perros se desgranó desde la casa al encuentro de los mineros. Corrían desalados, ladrando con ese tono agudo y esa ostensible exageración de los perros de campo.

—¡Eh! ¡Tirabuzón...! ¡Ey! ¡Clarín! ¡Sosiego...!

—El Comeagua es el más desconocedor de toos... ¡Toma, porquería!— Y el pucho del «cabeciao» se estrelló formando un chisperío en el lomo de un perrote amarillo, de cuero suelto, que dió un salto de costado y se plegó a la fila india de sus compañeros que ahora, un poco de «alto abajo», escoltaban a los dos hombres.

Se abrió la puerta de la casa y a la viva luz de una lámpara a bencina se recortó sobre el umbral la figura de un hombre joven que se apretaba un morral al cinturón.

—Buenos días.

—Buenos, señor.

—Estamos listos, ¿desayunaron?

—Con el favor de Dios.

Un empleado de la mina terminó de limpiar con pan la paila de los huevos fritos, se limpió la boca con la manga de la camisa caqui y preguntó:

—¿No dejas nada encargado?

—No... este... sí: a la cuadrilla del Rajo 1 repártele los «gastos» (1) y dile al capataz que trate de voltear los lienzos de mineral que están colgando al fondo. Y que tenga cuidado, porque están en pared de jaboncillo y de hablar se desprenden.

Y partieron hacia la bocamina. Adelante «el hombre»—así

(1) «Gastos» se denomina en las faenas mineras el conjunto de elementos que se necesitan para disparar los tiros: pólvora, dinamita o gelinita, fulminantes y guías o mechas.

le llaman los mineros al administrador—, detrás el capataz Sulantay y, último, el barretero Chacana. Entre esta gente de minas, que se juega la vida a puñal o a dinamita casi sin reparar en que vive, hay una jerarquía sin aparato, pero efectiva. Y, sobre todo, hay subordinación a la capacidad. En este caso, «el hombre» era «alentao», según la simpática y casi intraducible clasificación de los mineros, y audaz y generoso; y el capataz Sulantay desmechaba cinco barrenos taladrando cerros sin que el combo le hiciera temblar el antebrazo. Apenas si, al final, el monótono cántico de los barreteros le salía como un quejido y desde el plexo.

Culebreaban en silencio por el sendero. Sólo al llegar frente al Rajo 1, Chacana comentó:

—Tan callaos que están los gallos... nue sentío cantar ni uno... ¿Qué estarán «loriando» algo?

Sulantay lanzó ese leve quejido de las frases que nacen muertas y no contestó, pero volviéndose hacia el agorero le lanzó una mirada con la que se habría podido encender una mecha.

Luego la pregunta se fué como había venido y los tres hombres, a pasos elásticos, enfrentaron el ancho y oscuro corredor abierto «al sol» sobre la veta de carbonato y que se llamaba el Rajo 1.

—Nosotros a correrle tiros al cobre allá abajo y en cambio los ñatos vendrán aquí, de alivio, a voltial pieiras a patás— murmuró el barretero.

—¿Que le gustaría quedarse aquí?—la preguntó el administrador.

—No... patrón, ni por el día lindo que va a hacer... prefiero las pegas pa'hombres... Aquí... ¡Psh...! Aquí le pueo llenar tres capachos trabajando con la pura cuchara (2)... y nosotros somos rotos hombres, ¿nues cierto, Sulantay?

(2) Herramienta larga y angosta con que se va sacando el residuo que dejan el barreno o la broca al taladrar el mineral para un tiro.

—Pero caa uno en lo suyo—rectificó, orillando, el capataz. ¿Qué íbamos a hacer toos aentro el pique...? Contimás—agregó—que con el asunto ese del ánima de la finá...

—¿Será cierto lo de la finá?—interrogó vivamente Chacana—. ¿Qué dice usté, patrón?

—Yo creo que de eso sabe más Sulantay...

—A mí me contaron—còmenzó a relatar el aludido—que un patrón antiguò se puso una vez desconfiao con la patrona y una tarde la convió p'al pique a tirar pieiritas pa sentilas caer, y en una de esas lo dominó «el Malo» y la mandó a ella p'abajo...

—¿Y...?

—Y el hombre se las enveló p'al otro lao, pa'onde los cūyanos, y la finá es que queó ey no má, porque a los rotos les entró la superstición y too se golvió sal y agua... hasta que llegaron los gringo...

—¿Así es que no la sacaron?

—La historia es como te la hei contao, gallo...

—Vamo a tenel que santigualo allá abajo—dijo Chacana, con un acento de leve recelo en la voz. Era muy hombre, pero esq no quitaba... No es por cobarde que un minero de pelo en pecho se descubre ante las animitas.

Un monstruo guatón con altas patas delgadas se les vino encima en la sombra; era el malacate del pique. El maquinista, al que ubicaron por el relumbre de su cigarrillo, los estaba esperando.

—¿Baja «al tiro», señor?

—Sí. Y que le traigan el almuerzo para acá. No se mueva del malacate por si salimos antes. Tres golpes, señal de salida.

—Bien, patrón. Voy a pegar la oreja a los cables (3).

(3) Rústica telegrafía que consiste en dar tal o cual número de golpes en los cables, golpes que, transmitidos por vibración, se perciben claramente desde cualquiera profundidad.

En seguida los tres hombres se acomodaron en el carrito —especie de tolva de fierro—, crujió el maderamen y empezaron a descender por el oscuro tubo de granito.

—Está duro mi pabilo, encienda usted su lámpara, Sulantay—fué la última frase que se oyó salir de la profundidad.

En seguida hubo un largo y lastimero chirrido de los cables al desenrollarse en el ancho tambor del malacate. Una fresca cinta de luz separó el azul del cielo del de las montañas y, casi a un mismo tiempo, cantaron todos los gallos del mineral.

Deben de haber sido, más o menos, las siete de la mañana cuando Sulantay tiró a un lado el último barreno y habló.

—¿Tai listo, Chacana?

—Me falta limpiál no má.

—Güeno, cucharea luego—. Y dirigiéndose al administrador: —Vamo a taquear con agua. Pa'la gelinita es casi mejor. ¿Trajo usted como pa'que sobrara?

—Eso dependerá de la sed, pero no veo inconvenientes. Además, está fresquito aquí.

El capataz consumó por milésima vez la baladronada de apretar a las guías los fulminantes con los dientes. Preparó en seguida amorosamente los tiros y encendió las mechas. Luego, con una precipitación y un tono de alarma casi estudiados, lanzó el grito ritual, el verdadero zafarrancho de combate de los mineros del mundo:

—¡Con juegooo...!

Las tres sombras proyectadas en todos sentidos por las lámparas que se balanceaban en las manos, se alargaban y se achataban grotescamente y luego se fundían en la obscuridad espesa del frontón hacia el que avanzaban para guarecerse de los disparos inminentes.

—¡BUUUUMM...! ¡BUUUUMM...!

Cientos de peñascos se estrellaron contra las paredes de los túneles y los roncós estampidos perduraron largos instantes yendo y volviendo por todos los ámbitos del laboreo profundo.

—¿Sonaron los cuatro tiros, Sulantay?—preguntó el administrador.

—Los cuatro, patrón. A mí las camaretas no m'engañan ni p'al Dieciocho—contestó éste, con énfasis de autoridad indiscutible.

Y ya salían para ver los efectos de la salva en la veta cuando se detuvieron «a una», en seco, al mismo tiempo. Helados. Un ruido enorme, denso, pavoroso, salió del fondo de la tierra, de la bocamina, de los chiflones y de los laboreos. De todas partes, y a esos tres hombrazos les paró el corazón.

Fué algo tremendo, indescriptible. ¿Largo? ¿Corto? Estaba fuera del tiempo, fuera de la vida. Cerca y lejos de la humanidad. Era más que el terror.

Chacana fué el primero en hablar y se dirigió a Dios:

—Padrenuestro que'estás en los cielos...

Pero Sulantay cortó el rezo con una pregunta en que se mezclaban el espanto y la técnica:

—¿Que se habrá sentao la mina, patrón?

No hubo respuesta ni nuevas preguntas. Un terrible sacudimiento de la tierra los hizo perder el equilibrio. El ruido pavoroso disminuía, pero arreciaba el frenético zangoloteo como si estuviera bailando todo el cerro, y sonaban horrísonos chasquidos, broncos bombazos, quejidos ululantes en el pique, en los frontones y en los chiflones de reconocimiento. Era terrible y no se entendía nada.

—¡Fin de mundo...! ¡Fin de mundo!— Y los dos mineros semiatontados se golpeaban furiosamente el pecho.

—¡Terremoto!—gritó el administrador, y al propio tiempo a Chacana se le apagó la lámpara al chocar contra una saliente.

—Ahora sí... ahora sí... señor—exclamaba, por decir algo, el capataz Sulantay.

De la bocamina partió un aullido horrible que se fué agrandando acompañado de otros mil ruidos grandes y chicos, largos y cortos, hasta que con formidable estrépito un ramalazo de

tablas y cuarterones se aplastó en el fondo del pique principal como una ola que revienta y se calma.

—Derrumbes—dijo el administrador—. Y han arreado con las canchas y el enmaderado para abajo...

El terremoto se prolongaba en recios sacudones y una nube de polvo espeso y acre les llegó desde el pique. Los dos mineros recuperaron la conciencia y el habla.

—Patrón, ¿nos salvaremos?

—¿Vos creís que's Dios?

El administrador no hablaba. En seguida oyó—entre la enormidad de cosas que oía—de nuevo la voz de Chacana:

—Finaíta, a usté me encomiendo... y le prometo sepultura y hacerle un gran entierro... Finaíta...

—¡Bang!... ¡shshsh! ¡Bang...! Libres del obstáculo de las canchas de madera que normalmente dividían el pique principal en cinco secciones donde se juntaba el mineral de los labores, canchas que ahora habían sido arrasadas así como el enmaderado de los costados, los desprendimientos de piedras y de metal se precipitaban como proyectiles y llegaban silbando a enterrarse en el fondo de la mina. Ahora ya no temblaba la tierra. ¿Ellos? ¡Quién sabe!

De cualquier modo que fuera, Sulantay habló:

—Mire que si nos pilla saliendo del frontón...

—¡Hum...! Lo importante es que no vaya quedar tapado—contestó el administrador.

Hombres y lámparas estaban envueltos en nubes de tierra picante y espesa. Allá lejos, arriba, se sentía de pronto un crujido trágico, desgarrador, y casi en seguida una colpa de metal reventaba como granada entre los escombros y las piedras que se amontonaban al fondo. A continuación iban llegando los «camotes» rezagados, aquellos que por haber perdido la vertical se venían dando botes, como jugando, de un costado al otro del pique.

Ya no fué quedando más que la polvareda y, todos esos

ruidos y «esas cosas» que a lo mejor no son ni ruidos ni cosas, pero que existen, sí, existen hasta unos diez o quince minutos después de que a los hombres les ocurren hechos espantosos.

Poco a poco se les calentó de nuevo la sangre y decidieron intentar la salida. Avanzaron con una ingenua preocupación por lo desconocido. Hablaban cuchicheando y pisaban, en lo posible, como en puntillas. Pequeños temblores—colazos del terremoto—o la caída de una piedra los hacían detenerse y escuchar. Y perdida toda noción de tiempo y de distancia, cuando creían hallarse aún lejos, se encontraron en el comienzo del frontón. Un hacinamiento enorme de escombros y de rodados tapaba casi el acceso al pique. No pasaba un hombre por ahí, pero el hecho casi los alegró.

—Yo creí que estaba peor—dijo el rudo Sulantay.

—Es que nos libramos porque el otro frontón—el administrador se refería a aquel en que habían disparado—está mantecado (4) y el derrumbe se corrió para allá.

El capataz asintió con un gesto y preguntó de nuevo:

—¿Se habrá roto la tolva? Porque los caules... estarán güenos... ¿no es cierto?

Solamente entonces se les planteó la terrible duda de que podría haberse roto todo el sistema de guías de acero—«caules» según el rústico lenguaje del capataz—y quien sabe si el malacate mismo. Entonces... entonces los tres palidieron, se miraron y, sin hablar más, a un tiempo, comenzaron a despejar la salida. Y las dudas.

Ese día hubo una serie de milagros en la provincia de Atacama. Dentro de la mina «Buena Esperanza» ocurrieron dos.

—Finaíta, finaíta, yo le haré un güen entierro si nos salva—murmuraba el barretero Chacana, mientras él y sus dos jefes,

(4) Mantecado: tendido, inclinado.

a mano limpia, hacían un estrecho laboreo indio en los escombros, tras la veta de la vida.

¿Cuánto tiempo? Minutos. Horas. Siglos.

—¡Milagro!—gritó Sulantay—. ¡Los caules están firmes!

—¡Milagro!—exclamó Chacana casi de inmediato—. ¡La tolva está aquí, entre estos palos!

—¡Péguense a los costados!—gritó el administrador. ¡Todavía puede venirse algún camote guarda abajo!

Y estaban enganchando el carrito de fierro a la guía de acero cuando sintieron que se agigantaba a brincos y el golpeteo de una piedra contra los costados del pique. Tan pronto se estrelló, percibióse hacia la bocamina un grito amortiguado.

—Esa se le ha refalao a algún imprudente—afirmó Sulantay—. Y han gritao por siaca... Seguro que'speran una seña.

Y en ese mismo instante un ruido sordo y vibrante se descolgó desde arriba por uno de los cables y remató en la abrazadera de la tolva. Y luego otro. Y otro.

—Señales—dijo el capataz.

—Las tres que yo le indiqué al malacatero que haríamos nosotros—ratificó el administrador.

Entonces, rápidamente, se encaramaron al carrito.

—Acurrúquense y tapen la tolva después de golpear las tres señas. Puede haber otro desprendimiento o alguna boca abierta allá arriba.

Con un barreno el capataz dió tres golpes espaciados en el cable. Instantes después, como en un trance de convalecencia, el malacate los fué subiendo lentamente hacia la bocamina.

Poco a poco el filtro de la obscuridad fué dejando pasar más y más luz. Destaparon entonces la tolva y se estiraron. Ya sentían voces encima de sus cabezas y pudieron advertir una cuña de luz en el cuadrado de la boca del pique.

—Ese fué el derrumbe que se llevó las canchas—comentó el administrador. Y no hablaron más, porque casi en seguida un

círculo de hombres, de mujeres y de niños, de brazos y de voces se cerró en torno de ellos.

—¡Bendito sea Dios!

—Yo lo decía, yo lo decía...

—Mire el patroncito, mire...

—No me fallaba el corazón...

Una voz gruesa y enérgica dominó el cotorreo femenino:

—¡Háganse un lao! ¡Déjenlos...! ¡A ver...!

—Por aquí, por aquí, cuidao, que hay una grieta—gritó, superando todo el vocinglerío, la voz aguda del maquinista del malacate.

Y así, a trastabillones, a codazos, fueron partiendo la masa anhelosa de esa buenas gentes que querían cerciorarse del milagro. Y salieron hacia el camino abierto.

—¿Así es que ya serán como las cuatro?—preguntó Chacana.

—Casi al justo. Han estado doce horas adentro. Y menos mal. Creíamos que no saldrían—contestó el pulpero.

—¡Ay, si salía como una «humadera» del pique!—decía una anciana, abriéndose paso—. ¡Loado sea Dios!

Caminaban tropezando, nerviosos, acercándose todos a todos y cada cual ávido de preguntar y de contestar.

—Dicen que pa' Copiapó no ha quedao na y que'n Caldera se salió la mar—gritaba la anciana, tratando, nuevamente, de intervenir.

Llegaban a la pulpería. El administrador aprovechó una calma y preguntó:

—Bueno, Morales, y aquí afuera ¿cómo les fué?

—Malón, señor. Se hundió la bodega y se ha desquinchao too el rancherío. En el Rajo 1...

—¿Se asustaron mucho los ñatos del Rajo?—interrumpió Chacana, medio sonriendo.

—No se alcanzaron a asustar, gallo...

Los tres hombres presintieron algo tremendo en la voz del empleado e interrogaron angustiosamente con un gesto.

—El Rajo se les vino encima, señor, y los aplastó. Hay cinco muertos y como diez heridos. Uno está boquiando...

En ese momento giraban la esquina de la pulpería y casi tropezaron con una hilera de rotos muertos, magullados, inco- nocibles.

—Los sacamos como a las doce—agregó el empleado.

Los tres hombres que venían de la muerte se descubrieron lentamente, mientras un rumor de sollozos salía de la comitiva, ahora inmóvil y silenciosa.

Sólo Chacana habló como en una oración:

—Y nosotros, Sulantay, que nos reíamos de estos ñatos del Rajo...

—Menos mal que'n la mina del lao, en la «Manto de Oro», hay como treinta muertos—dijo, interviniendo por tercera y última vez, la anciana que quería contarle todo.

Luego, desparramándose por sobre los lomajes de bronce de la mina «Buena Esperanza», cada grupo siguió el rumbo trizado de su rancho.